



YASANURI KAWABATA

Ofrecemos en estas páginas una primicia, en castellano, de Yasunari Kawabata, Nobel de Literatura 1968, absolutamente desconocido en nuestro país. Este cuento contiene las principales características del estilo de Kawabata, hasta el punto de que puede considerarse representativo de su obra.

El autor de «Yukiguni» («El país nevado») y de «Sembarazu» («Mil grullas»), sin ser propiamente un escritor tradicional japonés, ya que participa en buena medida de las corrientes literarias mundiales, nos da en «El lunar» una soberbia muestra de ese detallismo crítico y psicológico con que solamente los escritores japoneses pueden tratar un tema de nuestros días.

Tal ejemplo es imposible de encontrar en la literatura europea o americana. Yasunari Kawabata, o mejor, Kawabata Yasunari (los japoneses escriben primero el apellido y después el nombre), nació en la industrial Osaka en 1899. A los dos años perdió a su padre —doctor—, y uno después a su madre.

A los dieciséis se le murieron su hermana y su abuela. En la Facultad de Literatura de la Universidad de Tokio consiguió su título universitario a los veinticinco años.

A los veintiséis publicaba su primera novela, «Izu-No-Odoki-Ko» («Bailarina de Izu»).

Kawabata pertenece a una generación de grandes escritores que ahora se ven reconocidos con este premio Nobel. Entre ellos, Tanizaki Junichiro («La nieve tenue»), Akutagawa Ryunosuke (sobre cuyos relatos se montaron películas como

«Rashomon» y «La puerta del infierno») y Dazai Osamu (bastante más joven), autor de esa gran novela de la postguerra que se titula

«Ya no humano». Kawabata perteneció originalmente a una escuela denominada «mesensorialismo», que venía a enfrentarse

estéticamente a la llamada escuela «proletaria» y a los excesos de un realismo bien intencionado que, si contribuyó a poner de relieve los grandes problemas sociales japoneses, no alcanzó nunca la altura de los escritores más tradicionales.

Otras obras del reciente premio Nobel son: «Kinjū» («Pájaros y bestias») y «Yamano Oto» («Sonido en la montaña»).

Nuestros lectores podrán comprobar en «El lunar» la calidad literaria de Kawabata y su profundización en la psicología femenina, una de las claves, sin duda, de su obra.

Y, por supuesto, no tiene ninguna base la ocurrencia de un corresponsal español sobre la imposibilidad de verter al castellano la obra de este último Nobel.

EL LUNAR

Anoche soñé con ese lunar.

No tengo más que escribir la palabra para que sepas a qué me refiero. Ese lunar, ¡cuántas veces me has reído a causa de él!

Está en mi hombro derecho, o quizá debiera decir en la parte alta de mi espalda.

"Es ya mayor que una alubia. Sigue jugando con él y empezará a dolerte un día de éstos".

Solías reírte de mí por ello. Pero, como tú decías, era muy grande para ser un lunar, grande y asombrosamente redondo y abultado.

De niña solía tenderme en la cama y me acariciaba el lunar. ¡Qué vergüenza me dio cuando lo descubriste!

Incluso lloré, y recuerdo que te llevaste una sorpresa.

"Basta, Sayoko. Cuanto más lo toques, más grande se pondrá". Mi madre me reñía también. Era todavía una niña, no tenía siquiera trece años, y después conservé ese hábito en secreto. No dejaba de pensar en mi lunar.

Cuando tú lo descubriste era todavía más niña que mujer. Me pregunto si tú, como hombre, puedes imaginar la vergüenza que me daba. Era algo más que vergüenza. Es horrible, pensaba yo. El matrimonio me parecía algo pavoroso.

Sentía que todos mis secretos habían sido descubiertos, como si me despojaras de un secreto tras otro, de los que ni yo misma estaba consciente. Era como si no existiera ningún refugio para mí.

Tú te ponías a dormir alegremente, y a veces me sentía liberada y también un poco sola, y me sobresaltaba cuando mi mano se deslizaba de nuevo hacia el lunar.

"Ni siquiera me deja tocarme el lunar"; pensé escribirle a mi madre pero, sólo de pensarlo, sentía que me sonrojaba.

"¿Qué tontería que te preocupes por un lunar!", me dijiste en una ocasión. Yo era feliz y asentí, pero, pensándolo bien ahora, me pregunto si no habría sido mejor que tú hubieras sido capaz de comprender y querer un poco más esa maldita costumbre mía.

Yo no me preocupaba mucho del lunar. Seguro que la gente no anda mirando el cuello de las mujeres para ver si tienen lunares. A veces, para describir a las chicas deformes, se utiliza la expresión: "Intacta como un cuarto cerrado". Pero difícilmente un lunar, por muy grande que sea, puede llamarse una deformidad.

¿Por qué supones que caí en el hábito de acariciarme ese lunar?

¿Y por qué te molestaba tanto?

"Basta —decías—, basta". No sé cuántos cientos de veces me reñiste.

"¿Y tienes que hacerlo, precisamente, con la mano izquierda?", me preguntaste una vez en un arranque de ira.

"¿Con la izquierda?". La pregunta me alarmó.

Era verdad. No me había dado cuenta, pero siempre lo hacía con la izquierda.

"Tienes el lunar en el hombro derecho. Sería más natural que lo tocaras con la derecha".

"¿Sí?" —levanté la mano derecha—. "Es extraño".

"No es nada extraño".

"Pero es más natural con la izquierda".

"La mano derecha está más cerca".

"Si lo hago con la derecha tengo que torcer la mano".

"¿Torcer la mano?".

"Sí. Cuando lo hago con la izquierda puedo escoger entre colocar el brazo por delante del cuello o pasarlo por detrás, así". Yo ya no aceptaba dócilmente todo lo que tú me decías. Pero,

aunque te contestara, se me ocurría que cuando cruzaba mi brazo izquierdo por delante del cuello era como si tratara de protegerme contra ti, como si me estuviera abrazando a mí misma. He sido cruel con él, pensaba.

Te pregunté con calma: "¿Hay algo de malo en que lo haga con la izquierda?".

"Con la izquierda o con la derecha, es una mala costumbre".

"Sí".

"Te he dicho mil veces que vayas al médico para que te lo quite".

"No podría. Me daría vergüenza".

"Sería muy sencillo".

"A nadie se le ocurriría ir al médico a que le quitaran un lunar".

"Parece que mucha gente va".

"Si se trata de un lunar en la cara, quizá. Pero no creo que haya mucha gente que se haga quitar un lunar en el cuello. El médico se reiría de mí. Se daría cuenta de que había ido allí porque mi marido se había quejado".

"Podrías decirle que tienes la costumbre de tocártelo".

"Sí... pero algo tan insignificante como un lunar, y en un sitio donde apenas se ve... Creo que podrías aguantarte".

"A mí no me importa el lunar si no te andas en él".

"No lo hago a posta".

"Pero eres tozuda. Te diga lo que te diga, nunca tratas de cambiar".

"Lo intento, de veras. Incluso traté de ponerme un camión de cuello alto para no tocarme el lunar".

"No fue por mucho tiempo".

"Pero, ¿tan mal está que me toque el lunar?". Supongo que te dio la sensación de que me rebelaba contra ti.

"No es que esté mal especialmente. Sólo te pido que dejes de hacerlo, porque no me gusta".

"Pero, ¿por qué te disgusta tanto?".

"No vamos a discutir los motivos. No necesitas tocarte ese lunar, es una mala costumbre, y quisiera que no lo hicieras más".

"Nunca he dicho que no deje de hacerlo".

"Y cuando te acaricias el lunar se te pone una expresión extraña y ausente. Esto es lo que yo odio realmente".

Probablemente tenías razón. Algo hizo que tus palabras me llegaran al corazón, y sentí deseos de decirte lo.

"La próxima vez que me veas hacerlo, pégame en la mano. Pégame en la cara si quieres".

"Pero, ¿no te molesta pensar que, aunque lo hayas intentado durante dos o tres años, no has sido capaz de quitarte un hábito tan insignificante tú sola?".

No contesté. Estaba pensando en tus palabras: "Esto es lo que yo odio".

Esa postura mía, con el brazo izquierdo colocado alrededor del cuello, debe darme un aspecto sombrío, desolado. No me atrevo a emplear una palabra grandiosa como "solitario". Un aspecto mezquino, más bien, mediocre, el aspecto de una mujer preocupada sólo por proteger su pequeño yo. Y la expresión de mi cara debía ser, como tú dijiste, "extraña y ausente".

¿Te parecía quizá una señal de que yo no me había dado realmente a ti, como si hubiera un espacio vacío entre nosotros? ¿Y acudían mis verdaderos sentimientos a mi cara cuando me estaba tocando el lunar y me perdía en el ensueño, como había hecho desde que era niña?

Un relato del premio Nobel 1968

Pero creo que tú ya no estabas bien conmigo por entonces, porque, de lo contrario, no hubieras hecho un gran problema de una costumbre tan trivial como la mía. Si hubieras estado bien conmigo habrías sonreído y no hubieras pensado más en ello.

Ese era el pensamiento que me estremecía. Temblaba al pensar que pudiera haber hombres que encontraran encantadora mi costumbre.

Fue tu amor por mí el que te hizo descubrir mi hábito. De eso no dudo, ni siquiera ahora. Pero son precisamente estos pequeños defectos, cuando crecen y toman proporciones desmedidas, los que se enraizan profundamente en un matrimonio. Para un marido y mujer de verdad, las excentricidades personales no tienen importancia, y supongo que hay matrimonios que siempre están incómodos el uno con el otro. No digo que los que se acomodan el uno al otro se quieran necesariamente, ni que se odien los que constantemente están en desacuerdo. Pero pienso, y no puedo dejar de pensarlo, que habría sido mejor que tú hubieras tratado de no darle importancia a este hábito mío de tocarme el lunar.

Llegaste a pegarme y a maltratarme. Yo lloraba y te preguntaba por qué no podías ser algo menos violento, por qué tenía yo que sufrir de aquel modo sólo por tocarme el lunar. Aquello era solamente la apariencia. "¿Qué podemos hacer?", dijiste, y la voz te temblaba. Yo comprendí lo que sentías y no te reproché lo que hiciste. Si le hubiera contado esto a cualquier persona te habrían tomado por un marido violento. Pero como habíamos llegado a un punto en que la cosa más trivial aumentaba la tensión que había entre nosotros, cuando empezaste a pegarme sentí un repentino alivio.

"Nunca conseguiré quitarme esta costumbre, nunca. Atáme las manos". Juntaba las manos y las lanzaba contra tu pecho, como si me diera toda entera a ti.

Tú me mirabas confuso, tu cólera parecía dejarte vacío, seco de emociones. Tomabas el cordón de mi kimono y me atabas las manos.

Yo estaba feliz al vez esa expresión en tus ojos mientras mirabas cómo yo trataba de alisar mis cabellos con las manos atadas. A lo mejor ahora puedo corregirme, pensaba.

Incluso entonces, sin embargo, era peligroso que alguien restregara mi lunar.

¿Y fue, quizá, porque finalmente volvió el hábito por lo que murió lo que te quedaba de afecto por mí? ¿Querías decirme que habías desistido y que podía hacer lo que quisiera? Cuando yo acariciaba mi lunar tú aparentabas no darte cuenta y no decías nada.

Luego sucedió algo raro. El hábito que ni los golpes ni los malos tratos habían conseguido curar, ¿no desapareció acaso? Ninguno de los remedios extremos que empleaste sirvió para nada. Pero, de pronto, se fue por sí sólo.

"¿Sabes?, ya no me toco el lunar". Lo dije como si acabara de darme cuenta de ello. Tú gruñiste con aire de no importarte nada.

Si te importaba tan poco, ¿por qué tenías que reñirme así? Quería preguntarte esto, y supongo que tú, por tu parte, querías preguntarme también por qué, si el mal hábito iba a corregirse con tanta facilidad, no había sido capaz de quitármelo antes. Pero ni siquiera me hablabas.

Un hábito que no es ni bueno ni malo no importa que te entregues a él todo el día si eso te gusta. Esto era lo que parecía decir la expresión de tu rostro. Me sentía descorazonada. Sólo para molestarte pensé en tocarme el lunar delante de ti, pero, extrañamente, mi mano se negó a moverse.

Me sentía sola y estaba irritada.

También pensé en tocarlo cuando tú no estabas

conmigo. Pero, en cierta forma, me parecía vergonzoso, repulsivo, y mi mano se negaba a moverse.

Miré al suelo y me mordí los labios.

"¿Qué fue de tu lunar?", esperaba que me preguntaras, pero después la palabra "lunar" desapareció de nuestra conversación.

Y acaso desaparecieron también otras cosas.

¿Por qué me quedaba sin poder hacer nada en la época en que tú me reñías? ¿Qué despreciable soy!

De vuelta a casa de mi madre, me bañé con ella. "No estás tan guapa como antes, Sayoko —dijo mi madre—. Te haces mayor, supongo".

La miré extrañada. Ella estaba como siempre, un poco gruesa y con la piel fresca.

"Y este lunar era muy atractivo".

Yo he sufrido mucho por culpa del lunar, pero eso no podía decirselo a mi madre. Lo que dije fue: "Dicen que un médico podría quitarlo fácilmente".

"¡Oh!..., un médico..., pero quedaría una cicatriz". ¿Qué tranquila y cómoda es mi madre! "Solíamos retirarnos en casa. Decíamos que seguramente Sayoko seguirá tocándose el lunar, incluso después de casada".

"Si, seguía tocándomelo".

"Eso pensábamos".

"Es una mala costumbre. ¿Cuándo empezó?".

"No sé cuándo empiezan los niños a tener lunares. Los niños pequeños no tienen".

"Los míos, no".

"Salen al crecer y no desaparecen nunca. Pero no hay muchos de este tamaño. Debes tenerlo desde muy pequeña". Mi madre me miró el hombro y se echó a reír.

Yo recordaba cómo, siendo muy joven, mi madre y mis hermanas tocaban a veces mi lunar, que entonces no era más que una manchita graciosa. ¿No era por eso que yo había contraído el hábito de acariciarlo?

Me quedaba en la cama tocándome el lunar y tratando de recordar cómo era cuando yo era una niña o cuando era joven.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me lo toqué. No sé ya cuántos años.

Cuando volví a la casa donde había nacido, lejos de ti, podía tocarme el lunar todo lo que quisiera. Nadie me lo iba a prohibir.

Pero no adelantaba nada.

Cuando mis dedos tocaban el lunar, acudían lágrimas frías a mis ojos.

Yo quería pensar en mi juventud, pero, cuando tocaba el lunar, solamente podía pensar en ti.

He sido rechazada como mala esposa y acaso tendré que divorciarme, pero no se me hubiera podido ocurrir que aquí, en la cama, en mi propia casa, me pusiera a pensar solamente en ti.

Volví mi almohada húmeda y me puse a soñar en el lunar.

Cuando me desperté no hubiera podido decir en qué casa estaba mi habitación, pero tú estabas allí, y creo que había otra mujer con nosotros. Había estado bebiendo. En realidad, estaba borracha. Seguí hablando contigo de algo.

Mi mal hábito volvió. Me llevé la mano izquierda a la espalda cruzando el brazo sobre el pecho, como siempre. Pero el lunar, ¿no se desprendió entre mis dedos? Se desprendió sin dificultad, como si fuera lo más natural del mundo. Entre mis dedos lo sentí exactamente como un pellejo de alubia cocida.

Igual que una niña mimada, te pedí que pusieras mi lunar sobre la mancha que tienes junto a la nariz.

Apretaba mi lunar contra ti. Gritaba y clamaba, me agarraba a tus mangas y me inclinaba sobre tu pecho.

Cuando me desperté la almohada estaba húmeda todavía. Seguía llorando.

Me sentía cansada. Y al mismo tiempo me sentía ligera, como si me hubiera liberado de una carga.

Me quedé sonriendo un rato, preguntándome si mi lunar había desaparecido. Me costó trabajo acercar la mano a él.

Esto es todo sobre mi lunar.

Todavía puedo sentirlo como una alubia negra entre mis dedos.

Nunca me paré a pensar en esa pequeña mancha que tú tienes junto a la nariz; nunca te he hablado de ella y, sin embargo, creo que siempre la he tenido presente.

¿Qué bonito cuento de hadas sería que tu mancha se hiciera grande por haber tocado mi lunar!

¿Y qué feliz sería yo de pensar que tú soñabas también con mi lunar!

Una cosa he olvidado.

"Esto es lo que yo odio", dijiste una vez, y te entendí tan bien que pensé que tu afirmación era una señal de tu amor por mí. Pensé que todo lo más mezquino que había en mí surgía de pronto cuando me tocaba el lunar.

Me pregunto, sin embargo, si una cosa de la que ya he hablado puede quizá redimirme; quizá fue por la manera que mi madre y mis hermanas tenían de mimarme por lo que caí en el hábito de tocarme el lunar.

"Supongo que me reñías cuando yo me tocaba el lunar —le dije a mi madre—, hace mucho tiempo".

"Sí, pero no hace tanto tiempo".

"¿Por qué me reñías?".

"¿Por qué? Es una mala costumbre. Por eso".

"Pero, ¿qué pensabas cuando me veías tocarme el lunar?".

"Pues... —mi madre inclinó la cabeza a un lado—. Es una cosa que no se debe hacer".

"Claro. Pero, ¿qué pensabas? ¿Te daba pena? ¿Te parecía repugnante y detestable?".

"Nunca pensé mucho en ello. Parecía que lo mismo podías haberlo dejado en paz, con esa expresión adormecida que se te ponía en la cara".

"¿Te fastidiaba?".

"Me molestaba un poco".

"¿Y tú y mis hermanas no tocabais el lunar cuando jugabais conmigo?".

"Creo que sí".

Si era verdad, ¿no me tocaba yo el lunar con esa expresión ausente para recordar el amor que mi madre y mis hermanas me tenían cuando era pequeña?

¿No lo hacía para pensar en las personas a las que quería?

Esto es lo que tenía que decirte.

Dime, ¿no crees que estabas completamente equivocado con respecto a mi lunar?

¿Es que podía haber pensado en alguien más cuando estaba contigo?

Me pregunto una y otra vez si el gesto que tanto te disgustaba no era la confesión de un amor que no podía expresar con palabras.

Mi hábito de jugar con el lunar es una cosa sin importancia y no voy a pedirte excusas por ello; pero, ¿no empezaron acaso de la misma forma todas las demás cosas que me convirtieron en una mala esposa? ¿No podían ser, al principio, expresión de mi amor por ti, convertido en desamor sólo porque tú te negaste a ver lo que en realidad eran?

A medida que escribo voy pensando si mis palabras no suenan acaso a las de una mala esposa que trata de parecer ultrajada. Y, sin embargo, tenía que decirte estas cosas. ■ YASUNARI KAWABATA.